

Miguel de Valencia

Glosas de la cultura actual



ALGUNOS escritores han sentido predilección por los diarios íntimos. En ellos han señalado, con énfasis, determinados aspectos de sus preocupaciones, facetas de un sentir emocionado frente a la vida que pasa. El hombre se halla siempre dispuesto a tejer fantasías sobre realidades íntimas. Es decir, quiere difuminar, reducir a unidad lo complejo y disperso, sirviéndose de la imagen, de la metáfora que da prestancia y signo poético al cotidiano fluir de una existencia gris, altiva, de absoluta negación.

Federico Amiel, el gran lírico de la timidez, realizó este impulso literario. Las páginas de su profunda y dilatada tragedia dieron la clave del problema que significa para el hombre el no encontrarse a sí mismo. Su diario, leído, interpretado por varones sutiles y doncellas hiperestésicas, despertó un clamoroso oleaje de impaciencias, disparó el ansia de las imitaciones, sin que ello quiera decir que los desatados complejos del profesor misántropo fueran la primera y vistosa flor en los recintos temporales de la literatura. Pero su obra prodigó a los cuatro vientos el campanilleo más cristalino. De ahí su expansión, el arrastre sentimental de sus ecos, de aquel amor hondo y fuerte, sólo compensado en sutilezas cerebrales.

También los Goncourt escribieron páginas inolvidables. Pero su diario es un bello conjunto de felices anécdotas, con el rasgo de

meticulosos ejercicios gramaticales. Vale en su evocación la forma, el paramento literario.

Hay en la moderna literatura francesa un libro extraordinario, debido a un cultivado ingenio. "Extractos de un diario", en el que abundan por igual inteligencia, penetración y maestría formal. Su contenido ha sido motivo de pacientes seminarios en varios centros universitarios.

El autor, Charles Du Boss, fué uno de esos escritores que hicieron de su arte un constante sacrificio, y de su vida una disciplina estética. En sus pensamientos aletea la búsqueda constante de una equilibrada expresión crítica y filosófica. Ahora bien, una crítica que, al enfrentarse con las obras ajenas, las prolonga. Su técnica fué la de remontar las producciones desde el final hasta sus orígenes. Literatura, pintura, música y danza merecieron juicios de aproximación. El espíritu de algunos escritores, su dimensión humana, impregna las páginas convertidas en testimonio, en afán inacabado de conocer.

El motivo de muchas de sus lucubraciones lo constituye el contacto circunstancial o cotidiano con los más altos valores de la literatura. Las concepciones y los nombres de Gide, Rilke, Valery, Martín du Gard, Paul Claudel, Stefan George, fueron insertados como estímulo de fecundas divagaciones. Frente a ellos se da siempre la nota admirativa, una humilde y santa admiración, única que puede situar los espíritus en los claros trances del conocer.

Leyendo los "Extractos de un diario", cabe pensar en las diversas orientaciones que pueden ser posibles en un "diario". Desde las páginas anegadas en sentimentalismo intrascendente, hasta los pensamientos básicos, angulares, para construir una doctrina estética de validez.

La obra de Charles Du Boss es un fruto sólo posible en los recintos del máximo decoro intelectual, en donde los hombres se mueven entre aproximaciones.

En los "Anales del Colegio de Francia" se publicarán los trabajos de seminario que esta obra ha inspirado a profesores y alumnos.

* * *

La atención de los eruditos se vuelca sobre unas obras teatrales, desconocidas hasta ahora. Se trata, en efecto, de los más antiguos dramas en lengua sarda. Ahora bien, recordemos que el sardo es una lengua derivada del latín y conservada en Cerdeña como lengua medieval, con escasas contaminaciones léxicas.

Quizás en el vocabulario sardo hoy en vigencia, sólo pueden hallarse algunas voces catalanas, castellanas e italianas. He ahí una razón que explica su lento proceso evolutivo. Y sin embargo, la lengua ha tenido su cultivo literario. Algunas obras, conservadas en archivos durante siglos, son ahora objeto de examen y crítica minuciosa.

Recientemente, el profesor Mourion, de la Universidad de Bruselas, ha estudiado una serie de dramas sardos, obras que llevan en su original anotaciones en castellano.

Estas producciones, tal vez escritas en los albores del siglo XVI, son una especie de "sacras representaciones", emparentadas, por el tema, con el teatro religioso primitivo, tan sincero y encantador.

Se ha comprobado que la más antigua manifestación del teatro sardo repite los viejos temas hispánicos del Nacimiento de Cristo, la Pasión, la Resurrección, etc.

Los eruditos esperan desentrañar todas las conexiones estilísticas que son necesarias para determinar el origen de estas obras encontradas en un convento de capuchinos, de la provincia sarda de Cagliari.

Es interesante comprobar que estos brotes tardíos de un teatro esencialmente religioso tomaron savia e impulso en una preocupación moralista que a partir del siglo XIII, se fué extendiendo por toda Europa, tal vez porque las congregaciones religiosas formaban una especie de confederación, siempre en íntimo consorcio.

Desde el momento en que a un sacerdote se le ocurrió introducir diálogos en la misa, glosando los temas religiosos más poéticos, el

gozoso encantamiento de los fieles había asegurado el nacimiento del teatro primitivo. Este es el origen de los Autos Sacramentales españoles, de los Misterios franceses, de los Miracleplays ingleses y de las Sacre Representazione italianas. Como es lógico el teatro de raigambre profana ya tenía señalado el camino.

Las comedias y los dramas en lengua sarda, ahora descubiertos y comentados, son un encantador ejemplo de algún ingenio que, con fervor místico, cantó los primitivos problemas de la religión.

* * *

El profesor Roberto M. Stevenson, musicólogo de la Universidad de California, ordenando los anaqueles de un archivo mexicano, ha descubierto recientemente un manuscrito de gran valor en los ámbitos musicales.

Se trata de una misa de Palestrina, famoso compositor de temas sacros, del siglo XVI. He aquí un documento único, que vuelve a reclamar la atención, saliendo a luz, después de haber reposado durante varios siglos en los arcanos del olvido.

El nombre de Pierluigui Palestrina está unido a la música sagrada de máxima emoción y sutileza estética. Se ha dicho que este compositor italiano había elevado su arte a cimas no alcanzadas por sus predecesores. Representa un fenómeno raro, en unos momentos en que la música polifónica, de curso habitual en los templos, se nutría de melodías callejeras de la más diversa y dudosa orientación.

Recuérdese que los príncipes de la iglesia, reunidos en el Concilio de Trento, habían coincidido en desterrar de los oficios religiosos el bello complemento de la música polifónica. Tal vez querían combatir la generosa expansión de unos ritmos y de unas melodías que, desde la calle, iban penetrando lentamente los cánones formales de la música sacra.

Palestrina, llamado por el Papa Julio, fué a Roma. Dirigió, como maestro, los coros de la Capilla de San Pedro. Y allí, el ambiente le

fué propicio para que su inspiración mística cristalizase en rigor formal sin precedentes.

Son verdaderas joyas musicales sus "improperios", "madrigales" y "lamentaciones" para Viernes Santo. Las misas, los motetes, los salmos, los ofertorios e himnos exhiben problemas de técnica, resueltos con maestría sin par. En todas sus composiciones hay un hálito de belleza celestial, un cromatismo moderado.

El documento encontrado es la nona quinta misa, conocida, con el título de "Cristus Resurgens". En ella se da preferencia al doble coro, combinación que arranca íntimas vibraciones a los espíritus bañados por el fervor de savias trascendentes.

En la historia de la música, Palestrina es el hombre que hizo posible, en términos musicales, la eclosión de un impulso vehemente, de una cabal religiosidad.

* * *

También la ciencia tiene sus carnets de baile. Pero de unos bailes curiosos, cuyos autores interpretan los ritmos de manera especial. Tal puede ser el que protagonizaran dos químicos, hace un siglo, pocos momentos después de haber descubierto la íntima estructura del ácido fulmínico, conquista de aplicaciones fecundas en los campos de la ciencia.

He aquí la anécdota curiosa, cuyo centenario se celebra en estos días. Liebig, era un muchacho inquieto, de gran inteligencia. Su aspiración máxima era la de ser químico, profesión difícil por sus vinculaciones con la farmacopea. Sin embargo, tuvo tesón para llegar a ver cumplidos sus anhelos. Después, siguiendo aficiones de la infancia, continuó sus juegos con aquellos fulminatos que la gente manejaba sin preocuparse de su naturaleza. Experimentó con los fulminatos de plata y de mercurio, y anoró sus primeros descubrimientos.

Escribió una tesis que le abrió el laboratorio de Gay-Lussac. Por fin, el gran misterio había sido descifrado. Juntos pudieron explicar al mundo la composición del terrible ácido fulmínico y de algunas de sus sales. Entonces, para celebrar el acontecimiento científico, ambos hombres de ciencia trenzaron las espirales de un vals, inscrito en los carnets breves de la ciencia.

Ha pasado el tiempo, y los hombres recuerdan la graciosa anécdota. Pero en el fondo rebulle una admiración brindada a esos hombres que día a día anotaban sus pequeños descubrimientos, sabiendo que no deben desperdiciarse las aparentes bagatelas por insignificantes que sean, ya que los granos de arena forman la montaña.

El "Vals de los Fulminatos" es clásico en la historia de la ciencia. En París se ha conmemorado la fecha centenaria. Y no han faltado quienes, entre chanzas, han imaginado las evoluciones coreográficas de los dos sabios.

Ahora bien, la evocación de aquel momento produce verdadera emoción, invita a recordar algunos capítulos de la investigación científica que fueron inscritos por obra y gracia del azar, quizás de un hecho fortuito, pero que tuvo la suficiente fuerza para disparar energías potenciales sabiamente preparadas durante años de estudio. La dinamita, la hiperita y tantos explosivos que enriquecen los índices de la química tienen en su base horas de feliz casualidad. He ahí la imprevista melodía de aquel "Vals de los Fulminatos".

* * *

Desde el momento en que la invención de la imprenta facilitó la difusión de los valores del espíritu, los investigadores se dedicaron a seguir el rastro de los primeros libros que fueron saliendo de aquellas prensas casi milagreras.

En los archivos de muchas universidades se exhiben esas primeras obras, que tienen la virtud de producir entusiasmo, aunque

su contenido no tenga mayor importancia para la historia de la cultura y del espíritu.

En España, en el Instituto de Investigaciones Filológicas de Oviedo, el profesor Francisco Vindel ha dado una conferencia para determinar con exactitud cuál fué el primer libro impreso en América.

Afirma el conferenciante que tal obra fué un librito con quince grabados en madera, que representan los quince misterios del rosario. Su estampación se le atribuye a un naipero que pasó a las Indias occidentales en 1531. El juego de naipes producía grandes estragos en estas latitudes. En consecuencia, llegó a prohibirse. Ello justifica que el impresor anónimo utilizase su pequeña prensa en la impresión del librito para rezo del rosario, mandado imprimir por el primer obispo que tuvo España en la ciudad de Tlascala, don Julián Garcés, de la Orden de Santo Domingo.

Se sabe que las oraciones fueron escritas por el padre dominico Domingo de Betanzos, fundador de la provincia de México. Su finalidad no era otra que la de unificar el rezo. Como los indios habían aprendido el Padrenuestro y el Avemaría como inmutables, debían comprobar, en una obra, la seguridad de que las consideraciones eran siempre las mismas, antes de cada misterio. Y por otra parte, los indios, ya catequizados, podían leer a sus hermanos las oraciones, sin temor a errores, quedando a cubierto de sus pocos conocimientos religiosos.

La noticia sobre este primer libro impreso en América nos revela algunos aspectos de la vida, en fechas que fueron propicias para el viaje y la aventura.

La sed de riqueza, la pronta solución de varios problemas, impulsaban al juego, a una proliferación de tahures. Algo, en suma, que rebrota periódicamente, si bien con matices propios del momento.

El profesor Francisco Vindel no ha terminado sus investigaciones. Le falta la actual localización de aquel breviario que, en manos de los indios piadosos, hacía prodigios de fervor frente a los individuos que oían complacidos las más bellas narraciones.

* * *

Sin duda, los autores teatrales contemporáneos de mayor éxito en Inglaterra han sido Noel Coward, J. B. Priestley y Terence Rattigan.

Cada uno de ellos representa un aspecto valioso de la producción dramática de nuestros días. Sin embargo, alguna de estas orientaciones ya fué superada en virtud de la creación esencialmente poética de claros ingenios.

Coward, en sus obras, expone y comenta los rasgos costumbristas y psicológicos de su época. Sus comedias "Vidas privadas" y "Week-end", fueron traducidas a diversos idiomas.

Raras veces un autor ha conseguido mayores efectos teatrales manejando recursos tan fáciles como "el silencio impuesto y prolongado". Basta con recordar las líneas generales de "Week-end" en donde la verborrea de unas maritornes se quiebra súbitamente en un mutismo aterrador.

Priestley tuvo éxito con sus comedias realistas, de problemas familiares. Posiblemente, en la mayoría de los teatros del mundo se han representado sus obras tituladas "Herida del tiempo", "Esquina peligrosa" y "Desde los tiempos de Adán". Pero su teatro ha querido glosar temas que envejecen rápidamente, no obstante su pretendido lastre filosófico y social. Así lo prueban dos fracasos consecutivos recientes, en un breve lapso de meses.

Terence Rattigan empezó escribiendo obras graciosas, de situaciones bien planteadas, resueltas con inteligencia. En sus comedias y dramas desfilan algunos personajes simbólicos, de proyección universal.

Anotemos que ahora, entre los autores más cotizados, figura el nombre de T. S. Elliot, conceptuoso poeta. Su título más conocido es "Asesinato en la Catedral", esquema dramático escrito con motivo del festival anual de la Catedral de Canterbury. Una vez más, un



poeta introduce el coro de la tragedia griega con toda su fuerza y dramatismo. Y como soporte, un diálogo poético de gran alcurnia.

De vez en cuando, los teatros de Londres engalanan sus escenarios con la representación de "The cocktail party", otra de las exquisitas creaciones del eximio rapsoda T. S. Elliot.

Citemos, finalmente, a Peter Ustinov, dramaturgo que ha reivindicado la mímica como factor primordial de la sátira y de la comicidad popular. He aquí algunos nombres de primera magnitud que han sido motivo de análisis en recientes conferencias celebradas en la Universidad de Londres.